

Magdalena

*I'll never be Maria Magdalena...
You're a victim of the fight...
You need love...*

Conocí a Magdalena hace dos años. Fuimos pareja once meses. La primera semana se portó muy linda, pero después mostró su verdadero ser. Hace un año que no sabía nada de ella hasta hoy que recibí un mensaje suyo pidiéndome mi número de cuenta para transferirme un dinero que me debía. De todas las personas que me deben, sabía que Magdalena sería la única que, probablemente, me regresaría mi dinero, y sí: sucedió. En realidad, esto no es lo que más me sorprende ni alegra de haber recibido sus mensajes, lo que sí y que es realmente extraño, es su nueva manera de hablarme: sé que suena increíble, pero noto en sus mensajes cierta paz totalmente contraria a como yo la recuerdo.

Siempre había sabido que Magdalena era una víctima del destino. A estas personas las identifico así porque han sido marginadas, reprimidas, maltratadas, abusadas, violentadas y demás, ya sea por parte de su familia, círculo cercano o sociedad, y que, trágicamente, nunca se han dado cuenta de lo mal que viven. Los de un segundo grupo sí lo saben pero por más que intentan cambiar su estilo de vida, jamás lo han logrado o nunca lo lograrán. Yo consideraba a Magdalena dentro de este segundo grupo de personas, de las que “le echan muchas ganas” para escapar de esa violencia marginal y demás problemas agobiantes en su vida, pero que nunca han podido salir de ese círculo enfermizo. No sé si por fin lo haya logrado. Eso es lo que en realidad me motiva a volver a verla y descubrirlo, ya que siempre sentí empatía con Magdalena por comprender que era víctima de esta maldición que recaía en su ser.

—Va a ponerse muy contento Chuyito ahora que te vea— suele ser un mensaje recurrente de Magdalena. «*Chuyito, Jesús, su hijo*», y yo, éramos cómplices cuando Magdalena se ponía como loca e histérica y que, gracias a sus manotazos, gritos, mentadas de madre y demás, hacía que huyéramos del lugar en

donde estuviera para encerrarnos a jugar videojuegos o salir al parque hasta esperar lo suficiente para que cualquier persona con el diablo adentro se calmara.

Chuyito ahora mismo tendrá trece años —un adolescente, me dice por mensajes Magdalena—. Probablemente el momento más complicado y uno clave para nuestra “ruptura amorosa”, fue cuando se le olvidó el cumpleaños once de Chuyito. Sinceramente creo que, como madre, eso jamás se le olvidaría a nadie, más bien creo que estaba tan ensimismada en sus problemas, harta de su pésimo trabajo y preocupada por no volver a llegar tarde y así obtener el bono de puntualidad, que olvidó por completo el cumpleaños de su propio hijo.

Recuerdo haber comprado un pastel pequeño y una pizza antes de pasar por Magdalena y así dirigimos al departamento a festejar a Chuyito. Mientras recorríamos la ciudad, me reí cuando preguntó qué festejábamos, que si le iba a pedir matrimonio o algo así. Contesté que era algo mejor: íbamos a festejar el amor que nunca le había dado a su hijo, verdad que le hizo enojarse tanto que en el clímax de su violencia intentó mover el volante un par de veces hasta que yo le confesé lo del cumpleaños, transformando su ira hacia mí a coraje hacia ella misma, e hizo que durante todo el trayecto dijera cosas como: puta madre, valgo verga, mi pinche chamaco, cómo estoy pendeja, etcétera, mientras se metía las manos dentro del cabello y se lo agarraba con fuerza, o tiraba un par de puñetazos a sus muslos o a la puerta, o pisoteaba el suelo, o mientras suspiraba y aspiraba con intensidad y pesadez, o mientras contemplaba los edificios por los que pasábamos para rematar entre sollozos: ¡ya no quiero tener esta vida, *amor*, ya no quiero vivir, ya estoy cansada de vivir así! Destellos así, son los que me hacían entender que, dentro de sí, ella quería estar bien, sanar, pero el mundo la ahorcaba de problemas.

Recuerdo que cuando llegamos a su casa, ella se portó como nunca con su hijo: le hablaba como me habló a mí en la primera semana de conocernos. Hasta se puso a jugar videojuegos. Así pasamos la noche nomás nosotros tres. Ese día, unos cuantos besos y las pocas veces que tuvimos sexo son los recuerdos felices que tengo de ella. Todo lo demás fueron vejaciones de las que luego se excusaba diciendo que: la disculpáramos por el mal día que tenía o por lo mal que estaba. A

mí y a Chuyito podía habernos olvidado sin problema alguno y aun así no estar en paz, porque Magdalena tenía el problema muy dentro de ella.

En una ocasión, no sé por qué problema, Magdalena hizo que yo me quedara todo el fin de semana cuidando a su hijo mientras ella se fue a solucionar un problema que tenía, no sé si con su expareja, padre de Chuyito, o laboral, o ya no quiero pensar en qué más pudo haber estado metida. El caso es que, mientras yo cuidaba a Chuyito, este me confesó que llevaba una semana sin ir a la primaria porque había vuelto a hacerle *bullying* a un compañero de clase que era, según él, “muy tonto”. Me comentó que tenía que ir un adulto a hablar con la directora.

Me sorprendió mucho cuando Chuyito contaba su maldad mientras sonreía: le resultaba gracioso maltratar a sus compañeros, aunque lo que me parecía más incongruente era cómo él, todo desnutrido, con la piel pegada al hueso y sin fuerza alguna, podía ejercer violencia hacia sus compañeros. Magdalena jamás se enteró de que ese lunes, después del fin de semana, fui como supuesto padre de familia —padrastro, inventamos— a platicar con la directora que estuvo ahí sermoneándome: que *Jesús* apenas si ponía atención en clases, que se la pasaba jugando sus videojuegos en el celular, que seguro reprobaría nuevamente el año, que faltaba mucho a clases, que era la segunda vez que le sacaba sangre al mismo niño, que los demás niños le tenían miedo —cosa que me volvió a sorprender porque logré ver a sus compañeros y todos le llevaban de mínimo diez centímetros de altura y otros diez kilos de peso—.

Después de quejarse por una hora de *Jesús*, al igual que lo hacía Magdalena, callé. Me despedí y le dije que iba a platicar con “mi esposa” para solucionar este problema, cosa que en realidad nunca hice. Lo que sí hice fue platicar con “mi hijo”. Ese lunes, a la salida de clases, nos fuimos al parque a sentarnos un rato mientras veíamos a los demás niños que jugaban. Recuerdo que le hablé como si yo tuviera la verdad absoluta de la vida mientras él hacía como que me escuchaba. Al término de la charla, se puso a jugar con sus vecinos mientras yo lo contemplaba y pensaba en la vida de Chuyito y de Magdalena: en que comprendía totalmente su violencia por la vida que llevaban, ya que en mi pasado yo llegué a ser como Magdalena:

maniático, desesperado, solo; y que probablemente viví mi infancia al igual que la de Chuyito, sin un padre cercano, sin amor de ningún familiar ni de nadie.

No sé qué fue lo que hizo que Magdalena me buscase, si el pago del dinero, o tratar de compensarme el amor que les brindé, o de menos buscar su tranquilidad por haberme tratado tan mal. Yo siempre la comprendí y supe que su esencia no era mala, violenta, loca, brusca, estúpida, desesperada o maniaca. Busqué darle un poco cariño, de ese que siempre necesitó, cosa que creo no soportó e hizo que termináramos nuestra relación, ya que cuando yo le daba amor o apoyo, ella se burlaba de mí diciéndome que era muy tonto o noble. Me maltrató tanto por tratar de darle cariño tanto a ella como a Chuyito, que decidí terminar con ella. No pude aguantar más la relación.

Sin duda, Magdalena era así por su manera viciada y violenta de vivir, de sobrevivir, porque así era su pasado, violentado por sus padrastros, por su embarazo siendo tan joven, por su eterna soledad —me lo decía muchas veces, cuando salía la verdadera Magdalena, la que tenía más adentro, la que había ocultado hasta el fondo de su ser, la que quería salir de ese círculo vicioso— por haber sido abusada por todos lados en los que estaba, porque seguramente nadie nunca le mostró cariño, por la ausencia de su madre, por no saber amar a su hijo, por ser pobre, por no atreverse a recibir ninguna ayuda, ni siquiera la de Dios, pues aunque ha intentado acercarse a él, no entiende cómo mejorar, por no lograr tener una pareja estable, por no poder relacionarse con su familia, por no poder salir de ese círculo vicioso en el cual, sin duda alguna, ella y Chuyito son unas claras víctimas del destino.

Espero verla y descubrir si eso que siento en sus mensajes es real y comprobar que ella está bien: en paz y tranquila consigo misma y con Chuyito, cosa que sin duda alguna me hará sentir aun más empático con ellos: sobrevivientes del destino como yo.

Juan de Dios Amarista